

Este documento esperado y todos los estudios y discusiones sobre el laico serán letra o palabra muerta, si los cristianos todos, laicos o clérigos, no se lanzan gozosa y solidariamente a conseguir que el rostro de Cristo resplandezca en la Iglesia de Dios y a evangelizar las instituciones y estructuras sociales para instaurar el Reino de Cristo en los hombres y entre las naciones.

El laico de América Latina, inmerso en el reto histórico que tiene adelante, "hace camino al andar", es decir, con su actual presencia y participación en la vida de la Iglesia y en los compromisos de solidaridad, de justicia social, promoción humana y liberación integral, está ya haciendo vida cristiana laical genuina.

El laicado de la Iglesia universal y, particularmente, el de la Iglesia latinoamericana, es una riqueza y un potencial gigantesco. Un laico bien formado, consciente de su vocación y de su misión, responsable y eficaz testigo de Cristo en su ambiente, puede transformar la sociedad más decadente y acelerar la llegada de una nueva primavera de valores humanos, sociales y cristianos entre los hombres. Florece la esperanza.

ECCLESIA

El itinerario del Sínodo

En este Sínodo nos hemos enfrentado con un problema no table que hemos podido resolver, al final, gracias al dinamismo del Papa. Se habla comedido muy bien. Cada uno de los doscientos treinta padres habla con la posibilidad de hablar ante la asamblea entera, y esto se hizo abundantemente, muy libremente. También los laicos han tenido una parte relevante desde esta primera fase. Al asistir a estas intervenciones tan vivaces y originales, me preguntaba enseguida cómo se podían resumir y hacer objeto de votación visiones tan distintas de la figura del laico. Nótese que no se trataba de un enfoque más progresista o más conservador, sino simplemente de enfoques profundamente originales.

* Transcripción de una conferencia de Mons. Klaus Hemmerle, obispo de Augsburg y miembro de la Secretaría permanente del Sínodo de los Obispos. La intervención conserva las características de la conversación.

El Perfil del Laico

Mons. Klaus Hemmerle

Algunas reflexiones después del Sínodo*

Antes del Sínodo hubiera podido contestar a la pregunta: ¿cuál es el perfil del laico? de una manera más sencilla y clara que no ahora, apenas concluido el Sínodo. A pesar de esto, también como teólogo, me siento enriquecido por este mes de encuentros. De hecho, me atrevería a decir que me ha llenado de respeto la pasión teológica de los obispos. Digo enseguida que al no poder responder de modo sistemático y completo a la pregunta que se me ha hecho, quisiera más bien clarificarla en algunos aspectos que me parecen fundamentales. Pero, ante todo, adelanto una visión sucinta del proceso de desarrollo del Sínodo, sin la cual lo que quisiera decir sobre el contenido, me parecería fuera de contexto.

El itinerario del Sínodo

En este Sínodo nos hemos enfrentado con un problema notable que hemos podido resolver, al final, gracias al dinamismo del Papa. Se había comenzado muy bien. Cada uno de los doscientos treinta padres había tenido la posibilidad de hablar ante la asamblea entera, y esto se hizo abiertamente, muy libremente. También los laicos han tenido una parte relevante desde esta primera fase. Al asistir a estas intervenciones tan vivaces y originales, me preguntaba enseguida cómo se podrían resumir y hacer objeto de votación visiones tan distintas de la figura del laico. Nótese que no se trataba de un enfoque más progresista o más conservador, sino simplemente de enfoques profundamente originales.

* Transcripción de una conferencia de Mons. Klaus Hemmerle, obispo de Aquisgrán y miembro de la Secretaría permanente del Sínodo de los Obispos. La intervención conserva las características de la conversación.

La segunda etapa, la de “*los círculos menores*” resultó todavía más interesante. Por medio de un intenso intercambio de ideas y de puntos de vista nos ofreció la posibilidad de conocernos más y de profundizar en aquello que se había dicho en el aula sinodal.

Entonces se produjo la “crisis”. Todo este proceso debería ser resumido en una serie de “proposiciones”, de afirmaciones muy breves, que pudieran recibir un consenso universal. Doce grupos lingüísticos se encargaban de redactar estas “*propositiones*”. Únicamente nuestro grupo, el de lengua alemana, había elaborado unas veintinueve. ¡Imagínense que todo este cúmulo de observaciones tenía que traducirse al latín en una sola noche y ser presentado en una síntesis! Entonces se comprende que, en relación al dinamismo y riqueza de las fases precedentes, el resultado final de este trabajo, presentado nuevamente en el aula, resultase más bien un tanto raquítico.

Después de este momento de crisis vino la esperanza. Al dialogar en el aula descubrimos que lo más importante no eran las “*propositiones*”, — aunque habíamos trabajado mucho en ellas —, sino el diálogo que se había producido entre nosotros y que nos había abierto unas perspectivas que nos hacían ver sencillamente con ojos diversos las mismas cosas de antes. Ahora, creo, queda la tarea, nada fácil, de los padres sinodales de extender este proceso de diálogo a sus iglesias locales y de comunicarles toda esta riqueza.

Reflexión sobre el Sínodo, centrada en seis grandes tensiones

Todo lo dicho hasta ahora necesariamente tenía que repercutir en lo que ahora debo decir sobre los contenidos. Más que hacer referencia a “resultados” particulares del Sínodo, quisiera comunicar algo de ese proceso interior que ocurrió dentro de mí, y que pienso ha ocurrido igualmente en tantos otros. Es decir, quisiera hablar del Sínodo no en términos generales, sino de lo que fue madurando dentro de mí.

Creo que no podemos comprender el presente Sínodo sobre los laicos si no es a la luz del Sínodo extraordinario de 1985 sobre los veinte años después del Concilio Vaticano II. Como trasfondo de todo lo dicho, ha habido como molde secreto una afirmación central de la así llamada eclesiología de comunión. Según el texto de *Lumen Gentium* 4, somos la “*plebs de unitate Patris et Filii et Spiritus Sancti adunata*”, (el pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo). Es interesante considerar el origen y el

contexto de esta afirmación. Proviene del comentario al *Padre Nuestro*, *DE ORATIONE DOMINICA*, de San Cipriano. Llegado a la petición: “Perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, el obispo mártir de Cartago se pregunta: ¿Por qué cuando no está reconciliada una persona con su hermano, debe dejar su ofrenda en el altar? Contesta precisamente: Porque somos el pueblo unido en virtud de la unidad de la Trinidad”.

Veo en esta afirmación un punto central para la teología de la comunión. En la Iglesia hay un modo de vivir radicalmente diverso del mundo: se vive reconciliado. Este ser reconciliados tiene su último origen en la misma Iglesia. De manera rápida y, por lo tanto, tal vez demasiado esquemática, quisiera recordar aquí un aspecto muy decisivo de la doctrina trinitaria: aquello que les hace ser absolutamente uno a las tres personas, les hace por una parte iguales entre sí y a la vez les constituye en su diferencia. Si Dios es Amor entonces quiere decir que es comunión y por lo tanto unión de tres perfectamente iguales. Pero estos iguales están relacionados unos con otros y esto hace posible distinguirlos. Esta relación que por una parte distingue y por otra, precisamente en cuanto distingue, es la expresión de la igualdad y de la unidad, es el fulcro de una eclesiología de la comunión.

Fue muy interesante cómo el tema ‘laico’ se fue explicando sobre este trasfondo. Tengo la impresión de que toda la cuestión se fue profundizando en este punto, que se expresó concretamente en seis binomios o tensiones, que a veces fueron presentadas claramente, mientras que en otras ocasiones estuvieron presentes más veladamente. Estas tensiones no son, sin embargo, fruto de una deducción teórica, sino son simplemente los temas más urgentes desde un punto de vista o teológico o práctico. En el contexto de estas tensiones se inscriben también algunas preguntas específicas como las de los ministerios o de los movimientos.

Enumero brevemente estas seis tensiones para después presentarlas más en detalle a la luz de la reflexión que se hizo en el Sínodo. Son: secularidad y sacralidad, institución y carisma, Iglesia universal e Iglesia local, unidad de la historia universal e inculturación — tensión más oculta pero tal vez la más importante —, mujer y hombre, y, finalmente, laico y presbítero. Digo enseguida que ésta última me parece la menos importante de todas y un poco como tal se consideró.

Tomando ahora en consideración las diversas tensiones, es necesario, pienso yo, tener presente un doble hecho:

- Cada una de éstas tiene como característica que sus dos polos deben de algún modo incluirse. Sólo si se da una 'pericoresis', es decir, si cada uno de los dos polos incluye en sí al otro, puede haber una verdadera distinción.
- Es necesario tener en cuenta que el modo en que se da esta 'pericoresis' es diverso según las diversas tensiones. No se puede hacer del modelo de la Trinidad una ideología. Esto significaría desconocer la especificidad fenoménica de cada tensión. Lo absoluto del dinamismo trinitario se realiza de hecho sólo en el mismo Absoluto, mientras que en el campo de lo finito se verifican algunas distinciones.

Tendré que restringirme a algunas alusiones esquemáticas sobre cada tema de las seis tensiones. Pienso, sin embargo, que arrancando de ellos se podrá intuir de algún modo en qué dirección se movió el Sínodo.

1. Sacralidad y secularidad

Podemos hacer dos afirmaciones, ambas equivocadas si se conciben aisladamente. Y ambas correctas si se conciben en su complementariedad: para el cristianismo todo está inmerso en el campo de lo sagrado, también lo profano. Viceversa: todo está desacralizado porque todo también, incluso lo más santo, está inmerso en lo secular. De hecho en la Encarnación Dios mismo se sumergió en el polvo, en la vanalidad. Precisamente por eso está "sacramentalizado", se ha hecho sacramento de Dios que se comunica.

Sobre este trasfondo es simplemente difícil y sin embargo muy necesario reflexionar en aquello que la *Lumen Gentium* 31, con respecto al laico, llama "carácter secular". No podemos en absoluto dividir los dos campos, no podemos afirmar lo secular del laico pensando que en la Iglesia haya personas que podemos sacar del mundo porque llevan a los demás al cielo, mientras que otros viven en el mundo y se dedican a las ocupaciones del mundo. La Iglesia misma de hecho, si por una parte es el mundo llevado en el corazón de Dios, por otra es, si es lícito hablar así, Dios llevado en el corazón del mundo. Ambas dimensiones están presentes en todas las vocaciones cristianas; también el ermitaño cristiano tiene esta secularidad.

No podemos por lo tanto resolver la cuestión del carácter secular del laico repartiendo los papeles, sino indicando más bien los dos modos diversos de verificarse la 'pericoreisis' de secularidad y sacralidad. En el laico, en cuanto vive en el mundo y en las condiciones de este mundo, y en él encuentra su misión primaria, se verificará, creo, la siguiente "pericoreisis:" para él el evangelio será esa levadura interior que fermenta todo el mundo, pero la "morfé", la configuración externa de su vida, no se distinguirá de la del mundo. Será por lo tanto mundana, una entre otras. El distintivo cristiano en su caso se realiza en la aparente no distinción. Las demás vocaciones cristianas tienen en cambio la siguiente característica: que en ellas el distintivo cristiano se hace también "morfé". Esto no quiere decir que en estas vocaciones no esté presente el mundo y que en ellas no se viva para el mundo, y que no se den situaciones en las cuales esto puede llegar a ser también de importancia primordial; sino quiere decir que para cuantos siguen otras vocaciones todavía es el mundo el lugar principal donde ponen el signo del "aliud". Se trata por lo tanto de ver por una parte cómo en el laico, en el sacerdote, en el religioso están presentes en unidad recíproca estos dos caracteres de la sacralidad y de la secularidad, y por otra cómo, según las diversas vocaciones, asumen una "morfé" diversa.

2. Institución y carisma

Es necesario subrayar que también en el Sínodo con respecto al concepto de carisma se verificó una gran variedad. A veces por carisma se entiende cualquier don particular. Aquí quisiera distinguir entre carismas que son don del Espíritu Santo para la edificación de las comunidades, siempre y en todas partes, y carismas que se dan en la base de toda la Iglesia para que pueda irradiar una nueva profundización del evangelio, del modo de encarnarlo y de traducirlo en vida. Sin negar que unos carismas tienen que ver con los demás, se podría por lo tanto distinguir muy sintéticamente entre carismas de servicio, presentes en cada comunidad, y carismas de los fundadores.

A propósito de la dimensión institucional se observó en el Sínodo que forma parte del carácter 'kenótico' de la Iglesia ser institución. Dado que Jesucristo ha entrado en el espacio y en el tiempo, y luego partió de ellos, es necesario que él se haga presente por medio de las coordenadas espacio-temporales. Son, por así decir, "la misericordia histórica de Dios" que hace presente, siempre y en todo lugar, a Aquél que ha venido 'efhapax', una vez por siempre.

Al lado de esta dimensión hay otra que también es fundamental: todos nosotros gracias a la obra del Espíritu nos quedamos siempre en el origen. Vivimos, por así decir, en un "cristianismo primitivo", constitutivo, que no tiene fin. Históricamente este cristianismo primitivo toma formas y modos muy diversos, pero es siempre cristianismo primitivo, precisamente por lo imprevisible del Espíritu que suscita nuevos modos de vivir, de alcanzar este origen.

Por el hecho de que son constitutivas de la Iglesia estas dos dimensiones, es constitutiva también de su vida una tensión. La estructura debe siempre integrar el carisma y el carisma debe siempre volver a animar la estructura y por lo tanto también reavivarla. No podemos por lo tanto pretender resolverlo todo con una reglamentación sencilla que diga, por ejemplo, cómo deben tratarse los movimientos y a quién le compete. Pero no podemos tampoco, en nombre de un cristianismo primitivo, vaciar la historia y pensar que no se tiene necesidad de parroquias y de diócesis. La 'pericoreosis' recíproca de institución y carisma es el reto maravilloso y dramático que tenemos delante.

3. Iglesia Universal e Iglesia Local

Es necesario que la Iglesia esté presente en la iglesia local, con ese "algo más" que la distingue. Pero es también necesario que la realidad universal con ese "algo más" se haga concreta. Esto tiene que ver con los laicos, y no sólo respecto a la cuestión de los movimientos, aunque también la ilumina. Pienso que el discutir si los movimientos son de la competencia de la Iglesia universal o de las iglesias locales, pone en peligro el desconocer la complementariedad de las dos dimensiones, local y universal. Dado que la realidad tiene como característica "feliz" el ser compleja y articulada, hay que renunciar a todo deseo de simplificarla. En la medida, entonces, en que esta complejidad sea la del Espíritu y del amor se hace más simple. Sin embargo debemos darnos cuenta que para el laico que vive en el mundo, y tiene de hecho este carácter secular, es necesario comunicar a la iglesia local esas dimensiones del mundo que ella por sí misma no tiene.

4. Unidad de la Historia Universal e Inculturación

El título dado aquí traduce sólo parcialmente lo que me parece una cuarta tensión, que es además muy dramática.

Dado que el Verbo se hizo hombre, siempre debe volver a ser "traducido". Hasta que termine la historia el cristianismo no

podrá encontrar jamás su forma definitiva. Siempre habrá que asumir nuevos lenguajes, nuevas culturas. Pero no obstante esto, la historia no es sólo un juego hermenéutico. Jesucristo vino una vez por siempre y vino en un tiempo determinado. Y a nosotros nos pertenece tanto El, como origen, como también la historia de la *traditio*. El reto es por lo tanto doble: la historia siempre tiene que ser aceptada de nuevo, incluso con sus limitaciones. Al mismo tiempo tiene que buscarse continuamente la forma nueva, el entendimiento nuevo. La simple defensa de una Tradición transmitida o el convertir la inculturación en absoluto muestran el desconocimiento de esta tensión fundamental. El tomar conciencia de ella y no quererla destruir, es de capital importancia cuando por ejemplo se quiere discernir lo que puede o no puede cambiar en la disciplina eclesial, o también cuando se trata de establecer si las diversas traducciones, en conjunto, son comprensibles y fieles al texto original.

5. Mujer-Hombre

También aquí es de importancia fundamental partir de la idea de la complementariedad, o sea, de la 'pericoresis'.

Simplificando mucho: tenemos a las espaldas una historia en la que se redujo todo al sujeto moderno. Este *subjectum* es capaz de proyectar, de "crear" él mismo su mundo. Ya no hay espacio para una complementariedad intrínseca de mujer y hombre. El *homo faber* es el modelo al que inconscientemente se hace referencia. La mujer es marginada. Tiene sí una misión humanizadora, pero no tiene puesto en el sistema. Esto le lleva a organizarse en los respectivos movimientos de emancipación. Pero el querer salvar a la mujer recurriendo también una vez al paradigma moderno del *subiectum* emancipado, sería nuevamente una reducción. Es necesario que en la complementariedad vivida en los sexos y en su hacerse uno y escucharse mutuamente se cree aquel espacio en el que la mujer y el hombre se definen en su 'pericoresis' y por lo tanto en su igualdad y en su especificidad.

6. Laico y no laico

Siempre se ha dicho presbítero y no presbítero; el laico era el no presbítero. También se podría decir, con la misma razón, laico y no laico. El hecho es que en el Sínodo nos dimos cuenta cada vez más que el laico es el cristiano y que a partir de este común "ser cristiano" algunos están colocados en una vocación particular para el conjunto. Debemos por lo tanto preguntarnos cómo, salvando las

distinciones, se puede superar la subdivisión en dos “estados”. Aquí también en lugar de las separaciones debemos llegar al paradigma de la “pericóresis” recíproca, de la distinción en la unidad y en la igualdad.

CONCLUSION:

He hablado de “pericóresis” seis veces: de distinción en la unidad. En el fondo toda la discusión del Sínodo se movió en esta dirección. Esto me ha evocado con frecuencia una palabra de Bernardo de Claraval, que se encuentra en su *De gradibus humilitatis et superbiae* (Los grados de la humildad y de la soberbia) donde dice: “Quod ab aeterno sciebat per divinitatem, hoc aliter temporali didicit experimento per carnem” — aquello que la palabra sabía desde la eternidad por su divinidad, lo ha aprendido de otro modo por medio de la experiencia temporal en la carne—. El Verbo, que es antes del tiempo y que se revela en la carne, quiere El mismo “aprender” haciéndose lo que antes del tiempo fue creado precisamente por el Verbo. Haciendo esto el Verbo no sólo “aprende” El mismo, sino — vaciándose y asumiendo la forma de siervo, de la kénosis y de la muerte — hace propio del Verbo también lo que de por sí no es Verbo. Ahora bien, en el Sínodo tenía yo la impresión que la Iglesia hoy, precisamente por medio del laico, está “aprendiendo” este mundo lejano, dividido y enajenado, y con esto pienso que el Cristo, el único gran Cristo místico, llega a ser todavía más El mismo.

Klaus Hemmerle

Obispo de Aquisgrán desde 1975. Nació en Friburgo en 1929. Ha sido profesor de Teología Fundamental en Bochum y catedrático de Filosofía de la Religión en la Facultad Católica de la Universidad de Friburgo, sucediendo en este cargo a su maestro, Bernhard Welte. Experto en el idealismo y en la filosofía moderna. Entre sus escritos destacan: “Reflexiones sobre lo sagrado” (1969), “Tesis de Teología Trinitaria” (1976), “Dime en qué cosa crees” (1985).

Sínodo sobre los laicos: Un ejercicio colegial de unidad

Santiago Martín

1. Un Sínodo para la mayoría

Los Sínodos, por definición, tienen la misión de afrontar un problema pastoral que sea de interés general para la Iglesia y estudiarlo para ofrecer al Papa unas aportaciones que contribuyan al mejor gobierno de la Iglesia. Con este criterio se han ido seleccionando temas desde 1967, fecha del primer Sínodo, hasta 1987. Así, los representantes de los obispos de todo el mundo se han reunido en Roma periódicamente para dialogar y ejercitar esa colegialidad prevista en el Vaticano II sobre aspectos de la vida de la Iglesia como el Derecho Canónico, el sacerdocio, la evangelización, la familia o la penitencia, entre otros.

En casi todos los Sínodos se hablaba de los seglares, es decir, de los fieles cristianos, pero se hacía desde un punto de vista concreto y no se les contemplaba en cuanto a su naturaleza. Por eso, al concluir el último Sínodo ordinario, el 19 de octubre de 1983, los padres sugirieron por amplia mayoría que la próxima Asamblea se dedicara a discernir cuál había de ser el papel del laico en la Iglesia y en el mundo.

De este modo, y tras la aprobación del Papa, se comenzó a desarrollar en casi todas las diócesis un proceso de consulta entre los propios seglares para que ellos fueran reflexionando y aportando sus opiniones sobre su naturaleza y su misión. Durante cuatro años, miles de fieles, guiados por sus sacerdotes, por sus propios dirigentes laicales y por sus obispos, se han preocupado de esclarecer cuál es su propia función. Este es el primer fruto del Sínodo y, posiblemente, igualará en resultados concretos al que se ha producido con la celebración de la Asamblea. Más aún, si muchos han seguido con inte-